

SILENCIO

JANE BROX

---

SILENCIO

Del monasterio a las prisiones:  
Historia social de un castigo o  
una bendición

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE  
SONIA VERJOVSKY

 PAIDÓS®

Título original: *SILENCE: A Social History of One of the Least Understood Elements of Our Lives*

© 2019, Jane Brox

Esta edición fue negociada con Cynthia Cannell Literary Agency a través de The Foreign Office.

© Traducción: Sonia Verjovsky Paul

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar

Fotografía de portada: © iStock

Diseño de interiores: Nuria Saburit

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

[www.paidos.com.mx](http://www.paidos.com.mx)

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-747-975-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

# Contenido

## Parte I

LA PENITENCIARÍA EASTERN STATE DE FILADELFIA, 1829.  
UN EXPERIMENTO SOBRE EL SILENCIO

1	Un hombre de gran penar	13
2	La visión de Benjamin Rush	23
3	«Buenos a través de la disciplina»	40
4	La Estrella de Soledades de John Haviland	53

## Parte II

EL MUNDO MONÁSTICO. UNA HISTORIA DEL SILENCIO

5	En proporción	67
6	El habla y el silencio	85
7	Thomas Merton: El silencio y el mundo	96
8	Medidas del tiempo	107
9	Las voces de las páginas	118
10	El gran silencio	125

## Parte III

FILADELFIA. OSCURECER LA OSCURIDAD

11	Noche en piedra	137
12	«Me levanto y martillo mi cuero»	144

13	El castigo dentro del castigo	157
14	Para que «pueda elevar... »	174
15	El paso del tiempo	185

#### Parte IV

##### EL SILENCIO DE LAS MUJERES

16	Silenciar el silencio	201
17	«O tal vez las mujeres...»	216
18	Mujeres monásticas: más sombra que luz	225

#### Parte V

##### LOS FINES DEL SILENCIO

19	Thomas Merton. Cuestionar el silencio	239
20	El mundo monástico. Lo que queda	257
21	La celda de prisión en nuestro tiempo	265
22	Intervalos de silencio	276

#### Coda

En ruinas	287
-----------	-----

<i>Agradecimientos</i>	297
------------------------	-----

<i>Nota bibliográfica</i>	299
---------------------------	-----

## PARTE I

---

# LA PENITENCIARÍA EASTERN STATE DE FILADELFIA, 1829. UN EXPERIMENTO SOBRE EL SILENCIO

*El silencio forma parte de la historia, tanto como lo hace el ruido; lo invisible forma parte de la historia, tanto como lo hace lo visible.*

—Max Picard, *The World of Silence*

## Un hombre de gran penar

La primera vez que vi la fachada de granito de la Eastern State Penitentiary era un álgido día de noviembre; sentía el frío que emanaba de los ríos. Fairmont Avenue yacía en silencio bajo un cielo gris. Las casas adosadas del siglo XIX y las calles estrechas y numeradas que intersectaban la avenida también estaban calladas, en la vida después de la vida: después de las fábricas, fundidoras, madererías, carbonerías, hornos de cal y cervecerías; después de las oleadas de inmigrantes irlandeses, alemanes, polacos y ucranianos.

A pesar de que ahora los restaurantes del barrio de Fairmont ponen manteles blancos y flores frescas y que una de las cervecerías ya se transformó en un exclusivo condominio, la luz del Atlántico medio sigue cayendo de manera diferente sobre estas viejas calles obreras de como lo hace sobre el suave ladrillo rojo de la Filadelfia colonial a pocos kilómetros de distancia. Esa parte más antigua de la ciudad, con su follaje, ventanas con molduras de manila y adoquines, se siente despejada y habitada por un esfuerzo de preservación. Fairmont, por otro lado, sugiere que el pasado sigue siendo mutable, quizá porque, en vez de preservarla, la penitenciaría se ha estabilizado mientras se desliza hacia la ruina: se apuntalaron algunas paredes y techos por seguridad, y se reconstruyeron algunas de las primeras celdas, pero en general sus historias sucesivas

se derrumbaron para juntas crear un sombrío deterioro a medias. Los visitantes caminan por un mundo de techos hundidos, escombros, pintura descascarada, hierbas y maleza: los restos de lo que alguna vez fuera un sueño de orden.

La penitenciaría no es tan vieja como se siente. Comenzó a construirse en 1822, con la intención de proporcionar una reclusión separada y silenciosa para los ladrones, falsificadores, salteadores, cuatrerros y asesinos de los condados orientales de Pensilvania. Los prisioneros no solo debían permanecer en celdas individuales por la duración de su sentencia, sino que, una vez que cruzaban el portal, su aislamiento debía ser casi total. La junta de inspectores de las prisiones de Filadelfia de aquella época pidió «recluir a los convictos completamente de la sociedad y de los demás, de modo tal que, durante el período de su encierro, nadie verá ni oirá, ni será visto ni oído, por cualquier ser humano, con la excepción del carcelero, los inspectores u otras personas por el estilo a quienes por razones muy urgentes se les pueda permitir entrar en los muros de la prisión».<sup>1</sup>

El concepto de un silencio y soledad tan extremos, articulado por primera vez más de 35 años antes de que se colocara la primera piedra de la penitenciaría, fue la visión de Benjamin Rush, uno de los padres fundadores de Estados Unidos y conocida figura pública de la Filadelfia postindependentista. Rush era el médico más destacado de la ciudad, un ardiente abolicionista, defensor de la reforma hospitalaria y partidario de los primeros esfuerzos por crear un sistema integral de escuelas públicas. Durante las últimas décadas del siglo XVIII se interesó particularmente en la justicia penal, en un momento en que los legisladores de la nueva república buscaban desarrollar un código penal distinto de los castigos del Viejo Mundo. Para ver realizada su idea de un centro penitenciario —ambicioso y completamente nuevo para su época—, se necesitaría persistencia, y Rush tendría que conseguir el apoyo

de amigos y defensores de la prisión que pudieran ayudarlo a sentar las bases para décadas de preparación.

El vecindario de Fairmont aún era campo abierto cuando comenzó la construcción de Eastern State. Sus impulsores querían un sitio rural para estimular la circulación de aire fresco, para facilitar la eliminación de aguas residuales, y por la simple cantidad de espacio requerido para la soledad y el silencio de cientos de personas. También contrastaría con las antiguas cárceles que a menudo se encontraban en los centros de las ciudades, en donde la división entre los encarcelados y los libres era permeable: las ventanas se abrían a las calles y los encarcelados podían llamar a los transeúntes o mendigar un poco de dinero; los amigos de los encarcelados podían llevarles noticias y algo de comer y beber.

La comisión constructora que supervisó el proyecto decidió levantar la penitenciaría en donde se ubicaba una modesta granja que abarcaba una pequeña ladera en las afueras de Filadelfia. Los trabajadores derribaron todo lo que había, o se lo llevaron: el cerezal (el centro penitenciario llegaría a conocerse como *Cherry Hill*, o *colina de los cerezos*), los establos y la casa, los abrevaderos de piedra, la caldera de cobre de la lechería. Las cuatro hectáreas despejadas entonces se transformaron en la obra de uno de los mayores proyectos de construcción en realizarse en Estados Unidos a principios del siglo XIX, con un enorme muro que encerraba casi todo de lo que se necesitaba para mantener la vida diaria de cientos de personas: siete galerías de celdas, talleres, almacenes, jardines, una cocina, una panadería, una lavandería, la botica y una sala de hospital para los presos; y habitaciones para los carceleros, el alcaide y los vigilantes.

La ubicación rural también significaba que cualquiera que se acercara —ya fuera prisionero o transeúnte— obtendría una visión completa de los parapetos de la penitenciaría, de las torres de vigilancia al estilo normando y de un muro de diez

metros de altura construido con piedra de Schuylkill cuadrada y tallada, todo ello con la intención, según declararon los comisionados de construcción, de «transmitir a la mente un sombrío espacio en blanco indicativo de la miseria que le espera al infeliz que penetre entre sus muros».<sup>2</sup>

Ahora que la ciudad ha rodeado la penitenciaría por completo (la casa para los silenciosos resultó ser más duradera que el mundo agrícola sobre el cual alguna vez se impuso), su muro está a casi la misma altura que las casas adosadas que la circundan. Yo no lo noté hasta que tropecé con él: está cubierto de plantas trepadoras; un árbol solitario se apropió de una piedra cimera; el granito gris está manchado de mugre y hollín negro. Aun así, la única entrada se encumbra, enorme e imponente: «Que sus puertas sean de hierro», declaró Benjamin Rush, «y que se amplifique el chirrido ocasionado al abrirlas y cerrarlas gracias al eco de la montaña vecina, de modo que se extienda y continúe un sonido que calará profundamente en el alma».<sup>3</sup>

La entrada original medía ocho metros de altura y cuatro y medio de ancho. Sus puertas dobles de roble, tachonadas con remaches de hierro, pesaban varias toneladas, y tenían en el frente una verja levadiza de hierro forjado. Cuando se reemplazaron por una puerta de operación eléctrica en 1938, las tablas de madera se quemaron en las instalaciones de la prisión, y se regalaron los remaches como recuerdos. El portón podrá haber cambiado, pero sigue siendo la única entrada a la penitenciaría, y pisé las mismas piedras que los 75 000 prisioneros que cumplieron su condena en Eastern State, y que todos los visitantes de casi dos siglos. Una vez que entré, deambulé por sus corredores deteriorados con un puñado de visitantes más, la mayoría con audífonos puestos para escuchar el audio del recorrido turístico y tratar de empatar lo que oían con los derrumbes y escombros; con un lugar que ya no es presa de la fuerza de las ideas ni la esperanza de control.

Recuerdo que el cielo comenzó a soltar copos de nieve cuando entré al patio. La nieve arreció y empezó a formar remolinos, densos y luego ligeros, antes de que regresaran a la corriente compartida de nieve, tan impredecibles como el flujo del tiempo mismo: hay momentos que se te acercan directamente; otros se levantan con calma, misteriosamente. Esa sensación fluida del tiempo la podía llevar conmigo al otro lado del umbral; en el caso de los prisioneros, las sentencias se las habían quitado. «El sufrimiento es un instante muy largo», escribió Oscar Wilde desde la cárcel de Reading. «No podemos dividirlo en épocas. Solo podemos registrar sus humores y anotar su regreso. Para nosotros el tiempo no avanza. Gira sobre sí mismo. Parece dar vueltas en torno a un centro doloroso. La inmovilidad paralizante de la vida, cuyas circunstancias están reguladas según un patrón inmutable para que podamos comer, beber, andar, tumbarnos y rezar, o al menos arrodillarnos para rezar, según la ley inflexible de una fórmula férrea... Para nosotros solo hay una estación, la estación del dolor. Incluso nos han arrebatado el sol y la luna».<sup>4</sup>

También recuerdo la claustrofobia que sentí cuando me asomé desde el pasillo a una de las celdas originales que aún quedaban. El techo de cañón corrido y la luz que se regaba desde arriba se remontaban a los monasterios medievales de las órdenes silenciosas: sobrios, sin distracciones, penitenciales, en contraste con el exterior gótico en diseño y escala. Las celdas originales no habrían tenido puerta de entrada desde los pasillos: lo único que atravesaba las paredes entre las celdas y los pasillos eran pequeñas aberturas formadas por una mirilla y un cajón por el cual se pasaban las comidas. Aunque los guardias podían ver a los prisioneros a través de la mirilla, el cajón, incluso abierto, estaba construido de modo tal que los prisioneros no pudieran ver quién entregaba su comida. La única entrada a la celda era a través de un patio privado y amurallado en donde cada prisionero hacía una hora diaria de ejercicio. La puerta no medía más de metro y medio de altura,

por lo que casi todos los prisioneros se verían obligados a agacharse para pasar.

Ya no hay manera real de sentir la magnitud de ese aislamiento inicial. Varios años después de que abriera la penitenciaría, lo impráctico del diseño del arquitecto John Haviland lo llevó a insertar puertas entre las celdas y los pasillos, que ahora se pueden ver cuando uno se asoma por las galerías. Aun así, nada me preparó para lo cercanas que parecían estar las celdas una de la otra, o lo callada que estaba la penitenciaría, incluso con otros que también se paseaban por ahí. No lograba comprender la resistencia necesaria para vivir así... y para hacerlo con obediencia.

El primer prisionero en llegar a Eastern State: Charles Williams, un joven granjero negro de 18 años que sabía leer y que tenía una cicatriz en el puente de la nariz y otra en el muslo, debida a una puñalada.<sup>5</sup> Por allanamiento de morada y robo de un reloj de plata, un sello de oro y una llave de oro con un valor total de 25 dólares, fue sentenciado a dos años de encierro solitario y silencioso. ¿Qué habrá imaginado mientras lo transportaban por el campo desde la cárcel del condado de Delaware el 22 de octubre de 1829? Los cascos de los caballos levantaban el polvo viejo de la temporada, las ruedas de la carreta chirriaban, los últimos pájaros de la estación trinaban mientras Williams respiraba lo último que tendría de vida al aire libre durante dos años.

Después de pasar por el portón de la prisión comenzaba un ritual para prepararlo para su celda. Era casi tan elaborado como el que se le requiere a un postulante que ingresa a un monasterio. Se quitó la ropa de calle, lo bañaron y le cortaron el cabello. Lo examinó un médico y tomaron nota de sus cicatrices. Se le entregaron dos pañuelos, dos pares de calcetines, un par de zapatos, pantalones de lana, una chaqueta y una camisa de tejido liso y sencillo. Su identidad como *prisionero núm. 1* quedaría bordada en su ropa y colgada sobre la entrada

a su celda. No habrían de llamarlo *Charles* otra vez durante su estadía.

No podría recibir ni escribir cartas. Aunque quizás intercambiaría palabras ocasionales con un guardia o inspector, y recibiría visitas periódicas de instructores morales y espirituales; no se permitiría que lo visitaran amigos o familiares. No debía hablar a menos que se lo ordenaran. No debía hacer ningún ruido innecesario. Estaría casi totalmente aislado del habla moderna y su historia antigua, y no escucharía más que los pasitos veloces de los ratones en las paredes o los suspiros de su propia creación.

Aunque admitirían a otros nueve prisioneros en esos primeros meses de la penitenciaría —ladrones comunes y corrientes como él, cuatreros y salteadores—, Charles Williams no sabría si vivía entre nueve o noventa más. Encapuchaban por completo a cada prisionero al escoltarlo a su celda, tanto para protegerlo de ver a los demás como para desorientarlo dentro de la penitenciaría. No solo no conocería a sus compañeros de prisión, sino que nunca sabría en qué parte del complejo se ubicaba su celda. Tampoco se le permitiría dejarla excepto por enfermedad o durante una emergencia.

Cuando le quitaron la capucha, Williams estaba parado en un piso de piedra, un alma envuelta en tela áspera y rodeada por una celda encalada de tres metros y medio por dos metros y medio que contenía una cama de hierro, un colchón de paja, una sábana, una manta, algunos cepillos para fregar y barrer, una barra para colgar la ropa, un lavabo, un espejo, un escusado rudimentario, una taza de hojalata, una olla para las vituallas, un taburete y un banco de trabajo donde pasaría su tiempo haciendo zapatos. Habría café o chocolate caliente en la mañana; una ración de medio kilo de pan al día; papas y carne a mediodía; gachas de maíz en la noche; dos litros de melaza al mes. Podría pedir sal; le darían vinagre como favor. Para Navidad, recibiría medio kilo de carne de cerdo, papas y una manzana.

Con la excepción de su hora diaria de ejercicio, el sol en todas sus estaciones se limitaría a lo que se colara por el en-

tramado de hierro de la puerta que llevaba al patio de ejercicios (en los momentos en que el portón exterior de roble no estuviera cerrado) o a lo que brillara desde la ventana circular de veinte centímetros recortada en el techo de cañón corrido; suficiente luz para leer el Nuevo Testamento. Dicen que la ventana se llegó a conocer como el *Ojo de Dios*, aunque el arquitecto la llamaba *ojo muerto* (*deadeye*),<sup>6</sup> y en caso de que hubiera que disciplinar a algún prisionero, podría taparse cubriéndola con medio barril.

Oscurecer la celda significaba que los prisioneros también perdían su única manera de medir el paso de los días. Mientras no les quitaran el sol por completo, podían concentrarse en la poca luz que se les concedía: aunque no pudieran orientarse en el espacio, podían orientarse en el tiempo. Harriet Martineau, escritora y teórica social británica que visitó Eastern State a mediados de la década de 1830, escribió: «No conocí a nadie que pudiera siquiera decir qué forma tenía la parte central de la cárcel, o en cuál de los radios se ubicaba su celda, aunque hacen observaciones muy precisas sobre los tiempos en que entran los rayos de sol».<sup>7</sup>

Se esperaba que hubiera cierta expansividad en el silencio y en la luz del sol que lograba infiltrarse por el pequeño vano, arrojando sombras sin distracción contra las paredes enca-ladas. La intención de la sentencia de Charles Williams era castigarlo por sus crímenes y disuadir a otros de cometerlos, pero también debía alterarle el alma. «Ya puedo oír a los habitantes de nuestros pueblos y ciudades contando los años para completar la reforma de uno de sus ciudadanos», proclamó Benjamin Rush. «Los observo corriendo a su encuentro el día de su salvación. Sus amigos y familiares les bañan las mejillas con lágrimas de alegría; y el grito universal del barrio es ‘Este, nuestro hermano, estaba perdido y fue encontrado, estaba muerto y está vivo’».<sup>8</sup>

Traté de imaginarlo allí —rústico con su ropa oficial, desorientado, invisible— en el silencio punzante en el que se despertaba y dormía y a veces leía. Sus pensamientos

deambulaban en este, los ruiditos de su trabajo de zapatero lo acompañaban. El límite de su mundo —en donde comía, dormía, soñaba, trabajaba y respiraba— era más estrecho que el espacio recomendado para un cerezo.<sup>9</sup>

## NOTAS

- 1 *Journal of the Senate of the Commonwealth of Pennsylvania, which commenced at Harrisburg on the fifth day of December in the year of our Lord one thousand eight hundred and twenty...*, vol. 31, Harrisburg, PA, William F. Buyers, 1820, p. 339.
- 2 Citado en Negley K. Teeters y John D. Shearer, *The Prison at Philadelphia, Cherry Hill: The Separate System of Penal Discipline: 1829-1913*, Nueva York, Columbia University Press for Temple University Publications, 1957, p. 59.
- 3 Benjamin Rush, *An Enquiry Into the Effects of Public Punishments Upon Criminals, and Upon Society*, citado en Michael Meranze, *Laboratories of Virtue: Punishment, Revolution, and Authority in Philadelphia, 1760-1835*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996, p. 133.
- 4 Oscar Wilde, «De Profundis», en *De Profundis and Other Writings*, Harmondsworth, Inglaterra, The Penguin English Library, 1973, pp. 140-141. En español: *De profundis y otros escritos de la cárcel*, traducción de Palmira Feixas, Miguel Temprano García y Olivia de Miguel, Debolsillo, 2013.
- 5 La información sobre la estructura de la penitenciaría, los contenidos de las celdas y los alimentos proporcionados se tomó de Teeters y Shearer, *The Prison at Philadelphia, Cherry Hill*, pp. 56-57; 77-78.
- 6 *Ibidem*, p. 69.
- 7 Harriet Martineau, *Retrospect of Western Travel*, vol. 1, *Prisons*, Londres, Saunders and Otley, 1838, pp. 208-209.
- 8 Benjamin Rush, *An Enquiry Into the Effects of Public Punishments Upon Criminals, and Upon Society...* en *Essays, Literary Moral and Philosophical*, ed. Michael Meranze, Schenectady, NY, Union College Press, 1988, p. 91.

- 9 Estoy en deuda con el ensayo de John Berger «An Apple Orchard (An Open Letter to Raymond Barre, Mayor of Lyon)», *The Shape of a Pocket*, Nueva York, Pantheon Books, 2001. Berger sugiere que el alcalde plante un huerto en el sitio de una antigua prisión y compara el espaciado de los árboles con el tamaño de las celdas.